



Joseph Schumpeter

Joseph Alois SCHUMPETER
1883-1950

Joseph Alois SCHUMPETER: UNA VISION PERSONAL (*)

Wolfgang F. STOLPER

Los prestigios tienen, como las empresas, sus momentos de alza y sus momentos de baja. En una época que concede un enorme valor a la formulación matemática y que tiene muy presente la importancia de números y mediciones, las teorías que se expresan en términos cualitativos y, lo que es aún peor, se resisten a ser cuantificadas con precisión pueden quizá despertar admiración, pero no hallan ni imitadores ni continuadores del camino que en ellas se marca. Cuando los de mi generación estábamos en la universidad, hasta el empleo de las matemáticas más sencillas provocaba no poca sorpresa, junto a la pregunta de qué tenía aquello que ver con la ciencia económica. En nuestros días, cuando una teoría *no* está matematizada, el mismo gesto de sorpresa sugiere el interrogante de si una teoría así puede constituir una contribución destacada a esta disciplina, e incluso si cabe considerarla teoría.

Existen en la actualidad, sin embargo, y no solamente entre los denominados economistas radicales, movimientos que apuntan a otras direcciones, y la combinación de economía teórica, ciencia política, sociología e historia, que es la característica principal de Schumpeter, sugiere unos enfoques alternativos en los que el nombre de éste aparece mencionado cada vez con más frecuencia y en sentido admirativo.

Para los que tuvimos la suerte de estar muy cerca de él, Schumpeter era ya el precursor del futuro y el gran sintetizador de teoría, historia y hechos. Pero hay aquí también una contradicción que es casi irónica: Schumpeter insistió en la importancia de la formulación matemática, pese a lo cual ésta no aparece en sus obras sino en muy escasa medida. Para confusión de muchos, insistió asimismo en que la ciencia económica debía ser no sólo cuantitativa, sino además numérica, pese a lo cual ni siquiera en *Ci-*

dos económicos la cuantificación pasa de ser rudimentaria. Contribuyó a la fundación de la Econometric Society, de la que fue elegido presidente, pese a lo cual ni llevó a cabo trabajo alguno de econometría ni se ha intentado nunca traducir sus teorías a un modelo económico. Al mismo tiempo, se le recuerda por haber dado una visión singular del mundo, y es precisamente en su combinación de la ciencia económica con otros campos, en su «visión» y fidelidad a los hechos históricos (aun cuando se resistieran a una cuantificación estadística), donde reside su grandeza.

Es arriesgado tratar de describir en poco espacio a un hombre complejo. Y lo es doblemente, casi una temeridad, tratar de explicarlo en virtud de su ascendencia, de su experiencia y de su entorno cultural y personal. Lo más probable entonces es que el biógrafo hable más de sí mismo que del biografiado, por mucha que sea la veneración que sienta por él. Ni los grandes hombres ni las grandes ideas surgen jamás sobre la tierra plenamente formados, como hiciera Palas Atenea de la cabeza de Zeus. Mas, como señaló en una ocasión el fallecido Wolfgang Koehler, los grandes hombres no son nunca discípulos. Schumpeter recibió ideas de un lado y de otro, sin duda, pero eso nos ocurre a todos. Hay que ser especial para poder verlas, sentirlas y desarrollarlas, y los que le conocimos en el aula, en la vida social o en los paseos que solía dar en Renania o en Connecticut, recordamos con cierto cariño cómo muchas veces se paraba, sacaba del bolsillo unos papelitos amarillos y apuntaba alguna idea sin interrumpir más que imperceptiblemente su lectura, conversación o paseo, y sin que pareciera que dejaba de prestar toda su atención a lo que su acompañante tenía que decir.

Los Schumpeter eran una familia de industriales. De hecho fue según parece su abuelo, J. A. Schumpeter, quien fundó la primera fábrica de Triesch, en Moravia, donde él nació el 8 de febrero de 1883. Aquella fábrica de tejidos se convirtió en el origen de la industrialización de esa pequeña población, que ha conservado cierta importancia hasta nuestros días. Posiblemente ello explique el afecto con que en las obras de Schumpeter se describe al empresario. Pero si hay algo importante en el ambiente de Schumpeter, ese algo no es ciertamente una pequeña ciudad de provincias, aún menos la región que luego sería Checoslovaquia, quizás ni siquiera Austria o Alemania, sino la Doble Monarquía. Es aún más probable el recuerdo nostálgico de la libertad para viajar y para ver que existía en los días que precedieron a la Primera Guerra Mundial, al menos para los que tenían la suerte de pertenecer a las clases altas, una libertad que tiene su expresión más en el libre comercio y en el no necesitar de pasaportes o visados (excepción hecha de algunos países, como la Rusia de los zares y la Turquía otomana), en la posibilidad física de ir a donde uno quería y establecerse allí, que en la velocidad de los aviones. Y por medio de su padrazo, que era general de caballería, Schumpeter se hallaba vinculado a esas clases altas.

Claro es que Schumpeter tuvo también su educación —el Theresianum, escuela fundada por la emperatriz María Teresa para la aristocracia y para los que ocupaban cargos de importancia en su Administración, y que luego Schumpeter recordaría cariñosamente con el cínico lema que le habían puesto los escolares: *Un poco de estupidez resulta aristocrático (A bisserl blöd is vornehm)*—. Pero también, y eso es mucho más importante, hay en Schumpeter una visión del mundo en la que el capitalismo es una fuerza dinámica y liberadora para todos (opinión que suscribió también Karl Marx); una visión que se enorgullecía del hecho de que, tras 200 años de capitalismo —un capitalismo que impregnaba todos los aspectos de la vida (de suerte que Schumpeter pudo afirmar que también Shakespeare fue un producto de él)—, un número cuatro veces superior de personas vivía cuatro veces mejor, pero que al mismo tiempo lo consideraba una fuerza que, como todo en la vida, llegaría a su fin cuando hubiera cumplido su función. A diferencia de Marx, hay tristeza en esa opinión de Schumpeter: la

trahison des clercs que provocaría la defunción del capitalismo era más un síntoma que una causa. El enfoque de Schumpeter se aproxima más al equilibrio último de John Stuart Mill, en el que todo lo que pueda ocurrir en el futuro ya ha ocurrido, en el que ya se han probado todas las combinaciones y permutaciones posibles de las notas musicales, de tal modo que no puede escribirse una música nueva, ni puede pintarse una pintura nueva, ni representarse un teatro nuevo, ni escribirse una poesía nueva (pese a todo lo cual Mill conservó el optimismo).

El que ese fin no sea intrínsecamente necesario no hace sino acentuar la tristeza. Merece la pena quizás subrayar este aspecto porque Schumpeter concibe siempre el equilibrio como una fuerza ordenadora, como un proceso de aprendizaje. Pero la *esencia* de la vida no es el equilibrio, sino el cambio; no es la repetición, sino el desarrollo. Es una fuerza histórica, un poco diferente de las concepciones similares de Wickcell, y muy diferente de aquellas otras «austríacas» e inglesas que tienden a conceder propiedades normativas a ese equilibrio. Creo que a Schumpeter se le entiende de una manera ligeramente errónea cuando se interpretan sus opiniones sobre los monopolios y otros fenómenos de ese tipo como una defensa de los mismos. Lo que en realidad él afirma es que no tiene mucho sentido juzgar una situación en virtud de su comparación con los efectos distributivos de un modelo estrictamente competitivo cuando en la práctica el cambio tecnológico está alterando continuamente los parámetros y ecuaciones fundamentales de dicho modelo, y cuando la auténtica competencia para los monopolios no se encuentra tanto en los imitadores de sus productos cuanto en los avances mismos de ese cambio técnico.

Dejando a un lado su enclave cronológico, nunca entendí del todo la razón por la que había que considerar a Shakespeare un producto del capitalismo. Es fácil sin embargo ver que Mozart o Beethoven sí lo fueron —y deliberadamente no menciono a Richard Wagner, del que George Bernard Shaw hizo una interpretación como autor antiindustrial y anticapitalista, como creador de lo que en el nazismo se denominaría el «anhelo anticapitalista». Es inimaginable que en el siglo XII Mozart o Beethoven hubieran podido componer como lo hicieron. Un órgano moderno, un piano o una flauta



SCHUMPETER EN 1920

Son los años de mayor dimensión pública de Schumpeter, una dimensión que no le acarrearía sino fracasos. En 1919 había sido Ministro de Hacienda en el Gabinete Renner, un Gobierno de coalición formado por socialistas y católicos y, por definición, una formación política inestable. Para cortar la inflación, primera dolencia de la economía austríaca de la época, Schumpeter se proponía introducir un impuesto sobre el capital y concertar un amplio préstamo exterior que permitiese curar las heridas bélicas de la economía austríaca. Las ideas de Schumpeter tropezaron con toda suerte de dificultades políticas y, a los pocos meses de haber sido nombrado Ministro, tuvo que dimitir. Su desagradable experiencia política no parece haberle afectado en demasía, pero su incursión en el mundo de las finanzas sí le causó trastornos importantes. En 1921 aceptó la presidencia del Biedermann Bank, una institución que, debido a la crisis, quebraría en 1924. Tanto el prestigio como la situación financiera de Schumpeter se vieron fuertemente sacudidos por esa quiebra, lo que, probablemente, le hizo pensar en dedicarse por completo a las tareas académicas.

de nuestros días, presuponen unos conocimientos científicos de los que entonces se disponía sólo en parte, y unos saberes metalúrgicos y, en general, tecnológicos que entonces eran por completo inexistentes. La música «primitiva» puede tener la máxima complejidad rítmica, y la música coral es independiente del progreso técnico, pero no podemos decir lo mismo de la música instrumental.

En realidad, no era Schumpeter un hombre particularmente musical. Sí tenía, en cambio, grandes conocimientos de arte y arquitectura, y también de literatura (como ejemplo de lo último, leyó a Eurípides en su lengua original). De mis días de bachillerato recuerdo haber pasado tres horas con él en el Museo de Pérgamo, dando vueltas en torno al majestuoso altar, subiendo y bajando la escalinata mientras hablábamos de política, de mis planes para el futuro, de literatura griega, conversación que sólo interrumpían sus perspicaces comentarios sobre la obra que teníamos delante; pasadas más o menos dos horas, Schumpeter me indicó a propósito del altar: ya empiezan a surgir los primeros sentimientos críticos.

Tras finalizar sus estudios de derecho y economía en Viena, Schumpeter marchó a Inglaterra para proseguir allí su formación jurídica, pero no la terminó. Según sus propias palabras, no pudo soportar las comidas obligatorias del Temple. Deseaba una carrera académica, pero no un sueldo académico. Buscó por ello un lugar donde pudiera practicar el derecho sin necesidad de pasar más exámenes. Ese refugio resultó ser los *tribunaux mixtes* de El Cairo, donde un amable abogado italiano le incorporó a su despacho. Schumpeter logró de esa manera ganar el dinero necesario para vivir del modo que desearía más tarde, cuando iniciaba su carrera académica. Hay dos casos de los que recuerdo concretamente haberle oído hablar. Administraba la fortuna de una hija del Jedive, cuya renta se vio enormemente incrementada por la única razón de que Schumpeter, a diferencia de su predecesor, no le robaba. Fue recompensado por ello con una muy considerable gratificación. El segundo caso se refiere a la reorganización de una refinería de caña de azúcar, reorganización que tuvo un enorme éxito debido a que en esos precisos momentos el progreso técnico inclinó la balanza de la rentabilidad del lado de la caña, y no del de la

remolacha. Menos agradable fue la situación que vivió Schumpeter cuando un jeque árabe amenazó con azotarle: había ofendido a un musulmán al obligarle a aceptar un interés. En Arabia, evidentemente, los tiempos han cambiado.

Por aquella época Schumpeter se casó con una inglesa, mujer al parecer de extraordinario atractivo. El matrimonio acabó en divorcio al poco tiempo. En una ocasión, de las pocas veces que le recuerdo refiriéndose a este matrimonio, afirmó que todos los buenos modales que pudiera tener se los debía a su primera esposa.

Después de El Cairo vino su primer puesto académico en Czernovicz, o Cernauti por su nombre actual, situada en la última zona que se había anexionado el Imperio Austro-Húngaro. Su universidad era al parecer uno de los lugares a los que acudían los jóvenes exiliados turcos. Existe una historia que es un buen ejemplo del sabor de la época y de la preocupación que Schumpeter tenía por sus alumnos. Por la dificultad que tenían sus estudiantes para obtener libros, se enfrentó en duelo con el bibliotecario. En el enfrentamiento le produjo un rasguño a su adversario (tal es al menos la versión de Schumpeter), intervinieron los padrinos y, obtenida la satisfacción del honor, los estudiantes tuvieron sus libros. (No fue esa, por cierto, su primera salida caballerescas en defensa de los derechos de los demás. Antes de ingresar en la universidad, y como iba a estudiar derecho, Schumpeter escribió al Ministro de Educación protestando por la discriminación que sufrían las mujeres en su derecho al estudio. Armado de un sifón, cuyo contenido vaciaba a grandes chorros, defendió el derecho de las mujeres a asistir a clases particulares frente a un hostil profesor y sus hostiles alumnos.)

Graz, el siguiente apeadero, era al parecer una ciudad auténticamente aburrida. No conservamos ninguna historia que ilumine un poco la penumbra. Con todo, Schumpeter debió de destacar en ella, pues mucho tiempo después tropecé con un libro de derecho penal que, publicado en Graz, estaba dedicado a él. Pasó por entonces un semestre en Estados Unidos, estancia de la que nació un artículo sobre la situación de la ciencia económica norteamericana, en el que Schumpeter contrastaba el muy alto nivel de la teoría económica en Estados

Unidos con el mucho más bajo de Alemania. El editor, Gustav Schmoller, le añadió, en una nota al pie que revelaba no poca irritación, que aunque no dudaba de la competencia de Schumpeter, sólo la historia indicaría si realmente tenía razón. En Estados Unidos Schumpeter no sólo encontró un alto nivel de teoría del tipo de J. B. Clark o Irving Fisher, sino también un cierto parentesco con sus propias ideas sobre la naturaleza del desarrollo.

Esos años habían sido muy fructíferos en libros, artículos y reseñas críticas. *Das Wesen un der Hauptinhalt der Theoretischen national Ökonomie (La esencia y el contenido principal de la economía nacional teórica)* era una nueva formulación de la teoría general del equilibrio. Se diferenciaba principalmente de otros intentos similares por su insistencia en que, aunque la teoría era un logro notable, correcta en sí misma, y describía una parte importante de la realidad, no era sin embargo capaz de explicar el movimiento de una economía, su dinámica. El libro contiene una significativa anticipación de ideas que posteriormente se han asociado a Keynes, en concreto la de que ni un ahorro positivo ni un tipo de interés positivo (fuera del caso del interés en préstamos para el consumo, que no le preocupaba porque no era un caso de dinámica) eran compatibles con el equilibrio, y de que el ahorro positivo sólo podía explicarse mediante movimientos esencialmente temporales de alejamiento del equilibrio. Tal desviación, sin embargo, no era fortuita y accesorias, sino, tal y como lo hallamos elaborado en su libro siguiente, una parte esencial del desarrollo. Hay diferencias fundamentales, por supuesto, en el hecho de que el equilibrio era un equilibrio de pleno empleo con un interés cero. Samuelson ha demostrado que ciertamente no hay nada de ilógico en un tipo de interés cero. A la objeción de que un tipo de interés cero implica el «absurdo» de unos bienes raíces de valor infinito, Schumpeter el historiador podría haber contestado: Claro, por eso en una sociedad feudal sin un cambio técnico sistemático, la tierra no se compra, sino que se entrega como feudo, se hereda o se obtiene por matrimonio. Y Schumpeter el sociólogo habría tenido una respuesta similar, aunque convenientemente modificada, sobre una sociedad tribal en la que no existe un mercado para la tierra.

Los paralelismos con las ideas keynesianas

son también sorprendentes en otros aspectos; las diferencias, no obstante, son profundas. El propio Keynes aceptó *expressis verbis*, en su *Tratado sobre el dinero*, la explicación de Schumpeter del ciclo económico. Por su parte Schumpeter, en las conferencias que pronunció en Bonn a principios de la década de 1930, no cesó de insistir en que leyéramos a Keynes (al Keynes del *Breve Tratado* y del *Tratado*), e incluso pretendía que entráramos en discusión en sus conferencias, como al parecer había hecho Keynes. Era una costumbre anglosajona, bastante ajena a la universidad alemana de aquellos días.

Las diferencias se referían concretamente a la naturaleza del equilibrio último, y por consiguiente a la dinámica del proceso mismo. Keynes y Schumpeter eran ambos hombres cultos, versados en las artes y grandes viajeros. Pero Keynes había tenido la suerte de nacer británico, y así había disfrutado de un ambiente de estabilidad social y política del que Schumpeter había carecido. Keynes escribió con pasión de cómo, transcurrido más o menos un siglo, la humanidad se desembarazaría de la necesidad de economizar y podría dedicarse con todas sus fuerzas a la función de ser personas humanas, de un modo muy similar a como Kierkegaard había escrito en algún sitio, si bien en un tono más pesimista, que el día en que se resolvieran los problemas económicos empezaría los problemas humanos. Para Schumpeter, ese mismo fenómeno conduciría no a un milenio, sino a un gobierno de la mediocridad y la burocracia en el que los problemas económicos sí que habrían estado resueltos..., y la creatividad reprimida. Para ambos, los éxitos del capitalismo serían el anuncio de su fin, pero mientras uno consideraba ese futuro como un mundo mejor, el otro veía en él la muerte del impulso creador, y no sólo en las esferas de la tecnología y de la ciencia económica. Para Keynes, el equilibrio reinante en ese futuro era sinónimo de liberación humana; para Schumpeter, de supresión de los instintos creadores, lo que podría permitir o no un grado civilizado de libertad personal. Schumpeter consideraba que el estudio de la economía, la ciencia, las artes, Mozart, Shakespeare, Walras y la electrónica eran partes de un mismo paisaje. No creía que la humanidad pudiera llegar nunca a conocerlo todo. Era comprensible, y quizás inevitable, que acabara por producirse ese equilibrio definitivo, pero no existía una necesidad intrínseca de que

SCHUMPETER VERSUS KEYNES

Si a los economistas se les preguntase por el mejor expositor de la historia del pensamiento económico, cabe poca duda de que la respuesta mayoritaria —si no unánime— a la que se llegaría, sería la de elegir a Schumpeter para ocupar ese puesto. Los motivos de esa elección los ha expresado brillantemente entre nosotros el profesor Estapé: su exhaustivo y abrumador conocimiento de la literatura económica de todo tiempo y lugar, su capacidad para enraizarla en el mundo cultural en que esa literatura y opiniones se formularon, su profunda intuición, en fin, para penetrar en el campo de las motivaciones de otros hombres. Es difícil no coincidir en este punto con el juicio terminante del profesor Estapé: «Schumpeter pertenece a una reducida categoría de economistas interesados por un igual en todos los aspectos del desarrollo científico de la Economía, y además cuenta con la inestimable cualidad de poder «situarse» ante las ideas ajenas, ante los prejuicios y las condiciones del medio ambiente de otros como no ha podido hacerlo, en mi opinión, nadie más» (1).

Esa apreciación justa de la obra de Schumpeter como historiador del pensamiento económico cuenta, sin embargo, con dos importantes y singulares excepciones: la del propio Schumpeter y la de John Maynard Keynes.

A la primera se refirió con pesar y verdad Joan Robinson. Afirmar que la vida y la obra de Schumpeter presentan muchos puntos oscuros se ha convertido hoy en un lugar común de los distintos trabajos escritos con ocasión del centenario de su nacimiento, ratificando así la observación realizada por Joan Robinson hace muchos años. Solamente el propio Schumpeter —afirmaba la señora Robinson— hubiera sido capaz de cubrir ese hueco, ofreciéndonos un análisis lúcido y penetrante, como todos los suyos, sobre su propia persona y sobre su propia obra. Autobiografía y autocrítica que Schumpeter no realizó jamás. Lo que, con la señora Robinson, hay que lamentar con pesar.

La segunda excepción es la de Keynes. Es un hecho bien conocido que, por múltiples y poco explicables razones —entre las que quizás la anticipación keynesiana a los temas que Schumpeter se proponía tratar, podría figurar en un lugar destacado—, no existió entre estos dos grandes pensadores una corriente de mutua simpatía. El juicio conjunto del quehacer de Keynes por Schumpeter está lleno de reticencias, de las que solo se exceptúa claramente la obra que constituyó el gran éxito de Keynes y que le colocó en el primer plano de la atención mundial: *Las consecuencias económicas de la paz*. Sobre esta obra, la opinión de Schumpeter fue siempre categórica. Es difícil tributar elogios más generosos que los que se contienen en el

ensayo de Schumpeter sobre Keynes incluido en *Diez grandes Economistas*: «El libro en sí es una obra maestra, abundando en sabiduría práctica a la que jamás le falta profundidad; despiadadamente lógico, pero nunca frío; genuinamente humano, sin caer en ningún sentimentalismo; afrontando todos los hechos sin vanas lamentaciones, pero también sin desesperanza: en resumen, contiene consejos profundos apoyados en un análisis profundo. Y a la vez es una obra de arte. La forma y la materia se adaptan mutuamente a la perfección. Todo está en su punto; nada rompe la armonía» (2). Elogios sobre los que insistiría en su *Historia del Análisis Económico*: «Keynes hubiera conquistado un lugar en la Historia aunque no hubiera escrito una línea de análisis científico, pues en esa hipótesis seguiría siendo el autor de *Las consecuencias económicas de la paz*, con la que irrumpió en la fama mundial cuando, hombres de igual penetración, pero no tan valientes, y de no menos valor, pero no tan penetrantes, se mantenían en silencio» (3).

Esa generosidad en el elogio no se extendió, sin embargo, a lo que Schumpeter llamaba «el análisis científico» de Keynes, en especial al juzgar el itinerario seguido por su pensamiento entre *A Treatise on Money* y *La General Theory*. La crítica de Schumpeter a Keynes está bien dirigida. Es, por supuesto, una crítica inteligente, pero es beligerante. En primer lugar, a Schumpeter le molestaba la rapidez con la que Keynes trabajaba y creía que esa prisa perjudicaba a sus obras, («Dos semanas más de tiempo, como mínimo, en la corrección vendría muy bien a muchos de sus escritos»).

Le molestaba también a Schumpeter muy especialmente lo que —escudándose en Gunnar Myrdal— llamaba «la enfermedad anglosajona de la originalidad innecesaria», una enfermedad que llevó a Keynes a escribir como si el pasado no existiera («como si otros economistas no hubieran vivido»). Un ejemplo claro de la ignorancia de estos precedentes lo constituye el concepto de la eficacia marginal del capital, en todo idéntico a lo que Irving Fisher había denominado previamente «tasa de rendimiento marginal sobre el coste», y que Keynes incluye en la *Teoría General* sin conocer su formulación anterior por Fisher, aunque esos dos conceptos jugaran un papel distinto en el pensamiento de ambos economistas. Este precedente fue reconocido con generosidad por el propio Keynes, cuando se le advirtió de ello y ratifica, según Schumpeter, el obsesivo afán de innovación que presidía los escritos keynesianos. Rastrear los precedentes en el tiempo de las ideas keynesianas de la *Teoría General* fue un quehacer del que los escritos de Schumpeter ofrecen muchas pruebas. Pruebas que exageran con frecuencia la importancia de dichos precedentes. Esto sucede con la estimación schumpeteriana de la aportación de R. F. Kahn, «cuya contribución al histórico acontecimiento —afirma irónicamente Schumpeter— no debe quedar muy lejos de la de un coautor propiamente dicho» (4). Afirmación que Schumpeter no pudo probar nunca y que Patinkin ha demostrado infundada con pruebas abrumadoras

así fuera; para eso hacía falta que se produjera la *trahison des clercs*.

Es tentadora la posibilidad de analizar las diferencias existentes entre la experiencia británica, en la que se produjo el desmantelamiento pacífico de un imperio, de hecho un desembarazarse de él casi con alivio, y el final de cataclismo que tuvo la monarquía austro-húngara, así como los diferentes efectos que ambas situaciones tuvieron en la sensibilidad de estas dos grandes personalidades. Pero es más prudente volver a la situación austríaca.

Durante la Primera Guerra Mundial, Schumpeter fue ardientemente prooccidental, del mismo modo que después sería projaponés. No hay duda que le gustaba *épater les bourgeois*. Pero había también una lógica en la situación. No creo que Schumpeter fuera pacifista, pero despreciaba la guerra en cuanto que vestigio feudal, en cuanto que fuerza destructiva y contraria al capitalismo creativo. Se mostró en profundo desacuerdo con sus amigos marxistas —el austromarxismo contaba entre sus miembros con algunas de las figuras de mayor relevancia intelectual de todo el marxismo— acerca de la supuesta relación entre guerra y capitalismo. En su ensayo sobre *El imperialismo* señaló que el prototipo de imperialismo era el de Asiria, cuyo imperio difícilmente podría calificarse de capitalista. En 1914-1918 contrastó el mundo occidental, con sus economías más avanzadas y su ambiente más libre, con el atraso y el ambiente sofocante de su país natal. Durante la Segunda Guerra Mundial se dio cuenta, evidentemente, de que el conflicto no podía hacer otra cosa que debilitar las fuerzas que él apreciaba.

En cualquier caso, durante la Primera Guerra publicó la importante obra titulada *La crisis del Estado fiscal*, en la que subrayaba el papel necesario y positivo del Estado precisamente en una sociedad competitiva e individualista, y ello antes de la discusión general de los bienes públicos o de lo que Musgrave llamó «necesidades de mérito», cuando aún estaba de moda atribuir la totalidad de los males de las economías reales a la existencia de un Estado, sin cuya existencia todo estaría, sencillamente, bien. Subrayaba asimismo qué era lo que había que hacer para salvar las finanzas de Austria, y qué clase de hombre tenía que hacerlo. Sobre todo, sin embargo, en aquella obra preveía casi proféti-

camente las dificultades que iban a presentarse. El feudalismo, argumentaba, se hundió no porque la invención de la pólvora convirtiera en obsoletos los ejércitos de caballeros, ni tampoco porque esos mismos caballeros fueran incapaces de adaptarse a las innovaciones que se habían producido en el arte de la guerra (y podría haber añadido: o a los descubrimientos de Nuevos Mundos), sino porque el propio Estado, *tal y como estaba organizado*, era cada vez más incapaz de dar solución a los nuevos problemas con que se enfrentaba.

Es fácil imaginar el tratamiento que habría dado Schumpeter a los actuales e insolubles problemas del déficit presupuestario y la inflación, de la incapacidad para hacer frente al estancamiento y para obtener los recursos que requieren la seguridad social y la asistencia médica. No habría tenido que cambiar muchas cosas de *La crisis del Estado fiscal* para señalar que las demandas cada vez mayores que se le plantean al Estado —fuerzas armadas, desembolsos en concepto de bienestar social y asistencia y ayuda médicas, subsidio de desempleo, educación, pleno empleo— reciben en parte las mismas respuestas que han funcionado en el pasado, a saber, una defensa de la forma existente de hacer las cosas por parte de los que están dentro y fuera del gobierno. Pero probablemente observaría también que tales respuestas van a funcionar cada vez menos con el paso del tiempo, a medida que las estrategias adoptadas sofoquen los mismos impulsos creativos que podrían hacer posibles las soluciones en el seno de las antiguas estructuras.

Tras la catástrofe de 1918, Schumpeter se convirtió en un ministro de finanzas «técnico» en un gobierno socialista, durante un período de caos que impidió toda posibilidad de éxito. Schumpeter comentó en cierta ocasión lo afortunado que había sido su venerado maestro Eugen von Böhm-Bawerk al morir antes del estallido de la Gran Guerra, tras haber sido un ministro de finanzas de gran éxito y viendo a su patria en lo que parecía el cenit del poder. Schumpeter no sólo fracasó inevitablemente; se convirtió también, al responsabilizarse de los infortunios ajenos, en una de las personas menos queridas de la nueva Austria. Esa aversión parece que perduró después, en forma de intrigas, cuando estuvo entre los candidatos a ocupar una cátedra en Berlín.



I. Fisher y J. A. Schumpeter.

facilitadas por el propio Kahn. Esos precedentes de la *Teoría General* también los alegó Schumpeter basándose en las obras de Erik Lundber (*Studies in the Theory of Economic Expansion*) y de Carl Föhl (*Geldschöpfung und Wirtschaftskreislauf*), ambas posteriores —aparecieron en 1937— a la obra capital de Keynes. Curiosamente, sin embargo, Schumpeter no alega la obra de Michal Kalecki como predecesora de las aportaciones de Keynes, aducida por otros economistas y que tampoco afecta a la originalidad del mensaje central de la *Teoría General*.

Otra crítica schumpeteriana a la obra de Keynes en su ambivalencia y el carácter esquemático de muchos de sus razonamientos, que podrían abrir peligrosamente las puertas a los que Schumpeter llamaba «charlistas periféricos a la profesión», vendedores de milagrosas fórmulas de solución económica universal a los complejos problemas planteados, con solo gratuitas decisiones de *gastar más* mediante programas de facilidad monetaria o fiscal.

Las distintas observaciones críticas de Schumpeter a la obra de Keynes —incluso cuando son admisibles— transmiten una sensación de especial beligerancia. Una actitud que debe considerarse como excepcional en el trabajo de Schumpeter, que siempre se acercó a las obras de otros economistas con ejemplar ponderación y equilibrio. A los motivos de ese comportamiento singular se refirió el siguiente coloquio sostenido entre Don Patinkin (quizás uno de los mejores conocedores actuales del pensamiento keynesiano), Paul A. Samuelson, B. Higgins y Sir Austin Robinson (discípulo de Keynes y editor

de sus obras completas), en la Conferencia convocada por la Universidad de Ontario en 1976 para discutir el proceso formativo de la *Teoría General*, conferencia publicada después bajo el título «Keynes, Cambridge & "The General Theory"» (5).

Patinkin: Tengo la sensación de que cuando Schumpeter, en su *Historia del Análisis Económico*, escribe sobre Keynes, no debe considerársele el historiador imparcial que siempre fue al valorar las contribuciones de los distintos economistas. Al juzgar a Keynes, creo que es parte interesada; es un contemporáneo que, indudablemente, se contemplaba a sí mismo como rival de Keynes en el campo de la teoría del Ciclo económico. Y, por eso, cuando leo a Schumpeter hablar de Keynes, lo anoto, lo registro, tengo en cuenta sus comentarios, pero me digo: «aquí, señor Schumpeter, deja Vd. de ser un historiador imparcial, por lo cual he de considerar su opinión como la de cualquier otro a la hora de sopesarla frente a los demás».

Samuelson: ¡Oh, naturalmente, que eso es verdad! Schumpeter tenía celos de Keynes y se sentía muy celoso de que sus mejores estudiantes corriesen tras él como locos. Realmente, no veía qué podía atraerles en Keynes, por lo que lo achacó al «vicio ricardiano», consistente en amontonar un buen cargamento de recetas prácticas de política apoyadas en un modelo muy endeble, aunque atractivo y hasta convincente en su aparente sencillez. Schumpeter no comprendió la mente de los estudiantes, a los que les importan un bledo las recetas políticas, sino que lo único que buscan es un modelo elegante.

Patinkin: Otro extremo, en lo que concierne a Schumpeter, se refiere al reconocimiento hecho por Keynes en la *Teoría General* de que su concepto de la «eficiencia marginal del capital» es idéntico al concepto anterior de Irving Fisher de la «tasa de rendimiento marginal sobre el coste». Ahora bien, una de las críticas de Schumpeter sobre Keynes —y su crítica resultaba fundada— era que Keynes no prestaba suficiente atención a la bibliografía anterior. A este respecto, Schumpeter señala que Keynes llegó al concepto de eficiencia marginal del capital con independencia de Fisher, y a continuación pasa a «atestiguar sobre el hecho» de que Keynes «insertó el reconocimiento en cuestión por habersele llamado la atención (*sic*) sobre la formulación de Fisher».

Esto suscita, naturalmente, nuestra curiosidad sobre la identidad del personaje misterioso en quien estaba pensando Schumpeter. En nuestra correspondencia, Paul A. Samuelson ha sugerido que podría haberse tratado de Redvers Opie, que se encontraba en Oxford a comienzos de los treinta, en cuya época (según me ha dicho Paul A. Samuelson) también estaba traduciendo del alemán la *Teoría del Desarrollo Económico* de Schumpeter. Por otro lado, Walter S. Salant ha sugerido podría haberse tratado del propio Schumpeter. Me pregunto si alguno de los presentes podría arrojar luz sobre este extremo. [Tras de la Conferencia de Ontario, Samuelson envió a Patinkin los resultados de sus pesquisas que se concretaron en una conversación con Redvers Opie, quien le proporcionó la copia de una nota escrita a mano (fecha en 5 de agosto de 1935) que R. F. Kahn envió a Opie en Oxford y que reza literalmente: «Guillebaud me ha dicho que Vd. mantiene que Fisher, en su *Teoría del interés* (1930), tiene una definición idéntica a la de Keynes sobre la «eficiencia marginal del capital». Me pregunto si me permitiría disponer de esa referencia». Unos garabatos al pie de esta nota indican que Opie envió a Kahn una referencia a las «páginas 155 y 168 del libro de Fisher».

Esta nota, juntamente con el hecho de que el primer documento que recoge el reconocimiento de Keynes de la propiedad de Fisher en esta materia es una carta que Key-

Una incursión en la banca acabó también en fracaso. Una vez más los tiempos estaban contra él. En 1925 reingresó en la vida académica como catedrático de Hacienda Pública en Bonn, a donde le había requerido Spiethoff, que ocupaba en esa universidad la cátedra de Teoría Económica.

En Bonn, Schumpeter conoció un breve período de felicidad personal. Contrajo matrimonio con una joven de gran belleza y encanto. Fue su gran amor. Años después seguían circulando por Bonn historias de las alegres y generosas fiestas que daban los Schumpeter, y de cómo eran la pareja más buscada por cualquier anfitriona a la hora de confeccionar su lista de invitados. El matrimonio acabó en tragedia cuando ella murió en un parto junto con su hijo.

A partir de ese momento, Schumpeter vivió para su trabajo y para sus alumnos. En Bonn dictaba clases que se referían en teoría a la hacienda pública, pero en las que además insistía en que leyéramos el libro V de Marshall, a Barone, a Wicksell, a Walras y a Keynes. Nos hizo leer los artículos más recientes, y fue allí donde se refirió a quien calificó de «joven genio», W. W. Leontief, que acababa de escribir un ensayo sobre la medida de utilidad y a quien más adelante llevaría a Harvard. Sus incursiones en la teoría pura eran toleradas, de buen grado, por Spiethoff. Había una relación de amistad entre ellos, pese a que sus estilos de vida eran muy diferentes. Un ejemplo: Spiethoff inventaba palabras de raíz germánica para sustituir a términos de origen latino que se empleaban mucho (como en el caso de *Konjunktur* —ciclo económico—, que rebautizó como *Wechselagen*, o en el de *Inflation*, que germanizó en el ligeramente absurdo *Preisblähe*), mientras que Schumpeter hacía todo lo posible por inventar palabras extranjeras (*Fremdwörter*) incluso cuando no existía ninguna.

El seminario de Schumpeter atraía a los mejores estudiantes. Baste con nombrar a algunos de ellos: Hans Wolfgang Singer, Günther Harkort (que se jubiló hace unos años del cargo de *Staatssekretär*, Subsecretario de Estado para Asuntos Económicos de la República Federal de Alemania), y los ya fallecidos August Lösch y Erich Schneider. También eran frecuentes los visitantes extranjeros. Era un grupo muy animado, además de que en él se crearon unos

nes escribió a Roy Harrod tres semanas después, el 27 de agosto de 1935, constituye una confirmación bastante concluyente de la sugerencia de Samuelson. Samuelson piensa que Keynes pudo haber tenido conocimiento de esta incidencia del propio Schumpeter].

Salant: Recordarás que en nuestra correspondencia alegabas que no había pruebas de que Schumpeter hubiese estado en condiciones de visitar el Reino Unido. Pero disponemos de una declaración de Austin Robinson de que estuvo en él casi todos los veranos de los treinta y se dedicó a sonsacar a los miembros del «Circo» sobre qué estaba sucediendo entre bastidores. Me figuro que desearían Vds. preguntar: ¿Envió Schumpeter mensajes a Keynes a través del «Circo»?

Ben Higgins (Universidad de Ottawa): Es totalmente exacto que Schumpeter se sentía muy celoso de Keynes. Tomé parte en 1938 en el seminario de Schumpeter y recuerdo eso muy bien. Era un Seminario dedicado a Keynes y a la *Teoría General*. La entrada de la sala estaba a la espalda, y cuando Schumpeter penetró, comenzó a hablar al aproximarse al frente y dijo: «Bueno, no sé como voy a presentar mi seminario este año. Jamás lo he hecho igual dos veces». En ese momento había llegado al frente y miraba a los estudiantes. Entonces dijo: «Sólo estoy seguro de una cosa. No voy a defender mi propia teoría. Ella se defenderá por sí sola de todos modos». De esa forma, al discutir a Keynes y a la *Teoría General*, no se dignó comparar a Keynes con Schumpeter. La mayor parte del Seminario estuvo dedicada al tema de si la *Teoría General* representaba algún adelanto frente a Irving Fisher.

Samuelson: Sus celos de Keynes se manifestaron debido al *Tratado*; porque Schumpeter había planeado una gran obra sobre el dinero, un verdadero tomo germánico, y Keynes, en forma poco habitual en él, escribió algo parecido; y sé a través de un estudiante de Schumpeter, Wolfie Stolper, que pensaba que Keynes se le había anticipado.

Robinson: Un pequeño detalle sobre Schumpeter. No quisiera dar la impresión de que las relaciones de Schumpeter se redujeron al grupo más joven. No fue así. Vino a Cambridge y dio tres conferencias para nosotros en 1932. Conocía a Keynes, dentro de ciertos límites, al nivel social ordinario. Lo recuerdo vívidamente porque se me había invitado a cenar con Keynes y Schumpeter en la *high table* del King's College y yo había recibido una nota de Claude Guillebaud de que nuestra adorada Mary Marshall parecía estar muriéndose. Keynes se sentó para enviarme un breve mensaje manifestándome nuestros hondos sentimientos y dándole deseos de vivir. Ese recuerdo de Schumpeter y Keynes juntos ha permanecido fresco en mi memoria. Siempre me ha desconcertado la curiosa sensación de fría lejanía y distanciamiento de Keynes que manifiesta en su ensayo *Diez Grandes Economistas*.

NOTAS

(1) «Advertencia» a la edición castellana de la obra de J. A. SCHUMPETER, *Diez Grandes Economistas. De Marx a Keynes*. Traducción española por Fabián Estapé, J. M.^a Bosch, Barcelona, 1955, cap. VI.

(2) *Diez Grandes Economistas*, op. y ed. cit., página 335.

(3) J. A. SCHUMPETER, *Historia del Análisis Económico*, traducción castellana de Manuel Sacristán, Ariel, Barcelona, 1971, pág. 1266.

(4) Vid. *Historia...*, op. cit., pág. 1268.

(5) DON PATINKIN y J. CLARK LEITH (eds.), *Keynes, Cambridge and «The General Theory»*, MacMillan Press, Londres, 1977, págs. 87 y ss.

fuertes vínculos personales que sobrevivieron a Hitler y a la guerra.

Tuve la extraordinaria suerte de ser probablemente el único pupilo que tuvo Schumpeter, en una práctica que también llevó de Inglaterra deliberadamente. Todos los lunes por la tarde tenía que presentarme a él para leer y comentar un ejercicio que me había asignado la semana anterior. Mas eso no era, ciertamente, nada más que una pequeña parte de mi educación. Todos los lunes a mediodía tenía asimismo que presentarme para encargarme la cena y elegir un vino, pues ello también formaba parte de la educación de un caballero. Por la noche Schumpeter solía aprobar mi elección (no era excesivamente difícil dado lo bien surtida que estaba su bodega) y luego comentábamos cualquier tema que pudiera pasarsele por la cabeza: los poemas de Goethe, o sus cartas a Frau von Stein, las catedrales góticas, sobre las cuales poseía enormes conocimientos, Picasso o Braque. No recuerdo haber hablado con él de música, sin embargo, que constituía mi especial devoción. Alrededor de las diez solíamos retirarnos a la galería acristalada donde, ante el imponente panorama del Rin y las Siete Montañas (Schumpeter había alquilado la casa que utilizara el emperador en sus días de estudiante), y hasta la una de la madrugada hablábamos de economía, y allí él demostraba una paciencia de santo con aquel alumno obtuso y totalmente carente de experiencia.

Schumpeter acudía muchas veces a nuestras fiestas y bailes, uniéndose a nosotros durante el Carnaval y, de vez en cuando, en nuestros paseos de sábado por la tarde que organizaba el catedrático de Contabilidad, paseos que siempre acababan recalando a última hora cada día en una posada diferente pero siempre famosa por su vino. Creo que Schumpeter vivía para nosotros, y nos trataba de algún modo como si fuéramos sus hijos. Pero ya no hay más historias extravagantes que contar. Schumpeter no era un hombre amargado, pero después de la muerte de su esposa la antigua *joie de vivre* le había abandonado.

En Bonn mantuvo una relación cordial con sus colegas Spiethoff y H. von Beckerath, pero otros vieron en su brillantez una amenaza. Nunca le llamaron a Viena, y Berlín prefirió a otra persona. En ello tuvo que ver la política, y probablemente también los celos, además de las

intrigas que, al parecer, se manejaron desde Viena.

Cuando Schumpeter aceptó la cátedra de Harvard en 1932 —cinco años antes había visitado Cambridge (Massachusetts) y Tokio—, le ofrecimos una fiesta de despedida. Cuando se le reprochó que, siendo como era un amante de los buenos moselas, se marchara a un país que aún sufría la prohibición, contestó que las condiciones de trabajo eran en América infinitamente mejores que en Alemania. Nunca le olvidaron sus alumnos alemanes, que con motivo de su cincuenta aniversario organizaron una parodia de *Festschrift* (para la que yo incluso compuse una Marcha del Festival Joseph Alois Schumpeter).

Tuve la gran suerte de ir también a Harvard dos años después, en 1934, pues Schumpeter me había conseguido allí una beca, no sin oposición, según supe más tarde. Llegué aún a tiempo de asistir al último curso de teoría que dio F. W. Taussig. A sus 75 años, sin que hubiera perdido un ápice de sus facultades mentales, Taussig era un hombre extraordinario, lleno de dignidad, y un gran profesor a la manera «socrática». Cuando se jubiló, Schumpeter se hizo cargo de las clases de teoría para los estudiantes graduados de primer año. Aun siendo ambos grandes profesores, llamaba la atención el contraste que había entre ellos. Taussig analizaba a los verdaderos clásicos (Smith, Ricardo, Mills) y hablaba de cuestiones eternas para las que seguíamos sin tener respuestas definitivas. Schumpeter hablaba de Marshall, de Walras, de Wicksell, pero también de Hicks o de Slutski, y repartía entre sus alumnos ejemplares de la nueva *Review of Economic Studies* para que la leyeran y se suscribieran a ella, o mareaba a algunos alumnos negándose a darles la respuesta última porque eran ellos quienes tenían que encontrarla por sus propios medios; en lugar de discutir junto con ellos los argumentos a favor y en contra de una tesis, Schumpeter exponía y desarrollaba un pensamiento.

La nómina de los participantes en los seminarios de Schumpeter es, una vez más, una lista de honor: Samuelson, Metzler, Alan y Paul Sweezy, Abram Bergson, Oskar Lange, Fritz Machlup, August Lösch, Eric Roll, Robert B. Bryce y Richard Goodwin. A lo largo de los años en que asistí a las clases y seminarios de

Schumpeter, recuerdo sólo una ocasión en que hablara de sus propias teorías, y fue Machlup quien le pinchó para que lo hiciera. Pues lo que le interesaba era más bien lograr que cada uno de sus alumnos desarrollara su capacidad personal y sus propias ideas. Schumpeter desdeñaba la idea de una «escuela de economía». «Sólo los peces van en bancos» (1), era su impaciente comentario. Era de la opinión, y así se lo comunicaba a sus alumnos, de que sí existe algo llamado verdad, pero que nunca es definitiva, y de que el progreso se deriva lógicamente de las dificultades que las teorías anteriores no han sido capaces de resolver. En su obra póstuma, *Historia del análisis económico*, está expresado con generosa claridad este punto de vista. Muchas veces parece olvidarse que esta obra la tituló como una historia del *análisis económico*, no del *pensamiento económico*.

Los estudiantes eran importantes para él, aunque no el típico alumno de los primeros años. Su idea de universidad no era tanto europea, como muchos americanos pensaban, cuanto medieval: un lugar de saber, una congregación de maestros, de iguales, entre los que había unos más jóvenes e inexpertos que otros. Creo que habría dado su aprobación a la «Idea of an English University» de C. S. Lewis, quien situó la diferencia que separaba a un centro de segunda enseñanza de un centro universitario en el hecho de que, en el primero, si no había alumnos no había centro, mientras que la ausencia de estudiantes en una universidad no hacía sino acentuar su carácter universitario. En ese sentido, Schumpeter procuraba conocer a sus alumnos. No satisfecho con anunciar las horas que destinaba a las consultas de sus estudiantes, hacía circular todas las semanas una hoja en la que éstos reservaban media hora siempre que deseaban verle. Quería conocer sus problemas, en qué estaban trabajando, con qué problemas se encontraban en su trabajo.

Cuando Paul Sweezy y yo organizamos en su honor una fiesta de cumpleaños con sus vinos preferidos, los austríacos y los del Mosela, la idea le entusiasmó de tal manera que propuso la celebración de una fiesta de ese tipo todos los meses, en la que nosotros pondríamos los cumpleaños y él los vinos. Así llegó a hacerse durante un tiempo. Solía invitarse a destacados

SEMINARIO DE BONN

Bonn constituye una agradable etapa en la vida de Schumpeter. Allí permanecerá, con algunos viajes a Harvard y a Japón de por medio, desde 1924 hasta 1932, año en que se traslada definitivamente a Harvard.

En la Universidad de Bonn le había sido ofrecida la cátedra de Hacienda Pública, pero Schumpeter, con su característica capacidad para abarcar varias disciplinas, no se limitó a las enseñanzas propias de la Hacienda Pública sino que explicó también teoría económica, con especial atención a la teoría del dinero.

Por otro lado, su relación con los alumnos no se circunscribía a la transmisión de conocimientos sino que incluía aspectos muy varios de la vida social. Como narra Stolper en este trabajo, todos los lunes debía encargar una cena y elegir los vinos, bajo la vigilancia de

Schumpeter, porque, para este último, esos conocimientos formaban parte de la educación de un caballero.

La foto incluye no solamente a Schumpeter sino también a los participantes en su seminario de economía durante el año 1931. El primero, por la izquierda, es Hans Singer; a la derecha de Schumpeter figura Eric Schneider y el segundo, por la derecha, de pie, es Wolfgang Stolper. Un conjunto, pues, de brillantes estudiantes que se incorporarían a la vida académica y que efectuarían interesantes aportaciones al análisis económico.

Los lazos personales que se anudaron en la Universidad de Bonn, y especialmente en el seminario, se mantendrían durante mucho tiempo y resistirían el cataclismo de la Segunda Guerra Mundial. Así, desde Harvard, Schumpeter

mantuvo contactos con ese mundo intelectual europeo. En el caso de Stolper la relación se hizo más firme puesto que Schumpeter le consiguió una beca para Harvard.



visitantes extranjeros, por lo general jóvenes estudiosos, a cenar en el club de la facultad, con vino de la bodega particular de Schumpeter, y luego venía una breve charla del invitado acerca de su trabajo actual o de lo que era nuevo en su país —nada breves fueron las palabras de Kaldor, creo recordar—, para concluir con un buen rato de conversación general. Estaban también las fiestas de fin de semana en Taconic, en casa de la señora Elizabeth Boody-Firuski. Era una concepción global de la educación, algo fuera de lo normal e imitado por otros no sin dificultades. No fue una época carente de felicidad.

Inevitablemente, las cosas cambiaron. En un momento dado, Schumpeter consideró seriamente la posibilidad de dejar Harvard para marcharse a Yale. Creía que había perdido su influencia. Aún conservo una copia de la carta que le enviamos sus alumnos pidiéndole con insistencia que se quedara en Harvard, donde pensábamos que se le necesitaba.

La aparición de la *Teoría general* de Keynes, en 1936, cambió muchas cosas. La obra fascinó a todo el mundo de tal manera que concentró la máxima atención general. Cuando en 1939 apareció *Ciclos económicos*, de Schumpeter, la obra no fue simplemente criticada, lo que por otra parte habría sido normal, sino que una fuerte discusión que tuvimos con él sobre el asunto resultó, como diría más tarde Lloyd Metzler, una verdadera vergüenza. Ocurrió, sencillamente, que la obra no fue tomada en serio. Es muy conocida la reseña, sumamente crítica, que Schumpeter escribió de la *Teoría general* keynesiana. Lo único que está equivocado en ese libro, solía comentar, es el título: es una teoría muy especial. Es posible que se sintiera celoso, pero sinceramente lo dudo mucho. Había en sus obras una visión a largo plazo, una perspectiva histórica que las exigencias de la depresión y la guerra fueron ahogando cada vez más. Escribió artículos en los que mostraba su desacuerdo con el *New Deal*; apoyó las opiniones sobre el patrón oro que mantenía Spahr, que sin duda era intelectualmente inferior a él, y tal apoyo causó extrañeza en un hombre que enseñaba el dinero y la actividad bancaria sin recurrir, como entonces era habitual, al oro y al dinero mercancía. Todo ello apartó de él a muchos colegas preocupados por los problemas del momento y, lo que fue aún peor, hizo cada

vez más difícil que los economistas inmersos de modo creciente en los asuntos de actualidad comprendieran, simplemente, de qué estaba hablando en realidad Schumpeter. Al mismo tiempo, lo que comparativamente era en él un desprecio de esas mismas dificultades cotidianas se fue convirtiendo en un problema cada vez mayor para los que entre nosotros entendíamos sus teorías de largo alcance como una secuencia de soluciones a corto alcance.

Capitalismo, socialismo y democracia es en cierto modo un testamento. Es una obra importante, y se combinan en ella su interés por la historia, por la sociología y por el análisis económico. Calificarla, como sé que se ha hecho, de cumplido ejemplo de *haute vulgarisation* es sin duda hacerle una gran injusticia, y quizás entenderla erróneamente. Aunque apareció durante la Segunda Guerra Mundial, ni siquiera se mencionan en ella el nazismo y el fascismo. Eran unos fenómenos demasiado efímeros para ser analizados. Pero sí hay una predicción del futuro especialmente bien hecha. No es un libro que pueda resumirse en pocas palabras. Está escrito con brillantez, incluso con pasión, pero ser científico no equivale necesariamente, en modo alguno, a ser ilegible y matemático. No se trata de economía pura, por supuesto. Es, por el contrario, economía contemplada en un contexto amplio y con un horizonte histórico igualmente grande. A diferencia de los que, por ejemplo, afirman que el desarrollo económico es «realmente» un problema político y no pasan de ahí, Schumpeter analiza los problemas políticos, las interrelaciones que existen entre la política y la economía. Si pudiera considerarse alguna obra como la réplica de Marx, sería ésta, a pesar de que contiene el que es probablemente el análisis más admirativo y comprensivo de Marx que jamás se haya escrito, un análisis realizado por un hombre intelectualmente equiparable a Marx. No es, sin embargo, un análisis excesivamente cómodo para los antimarxistas típicos.

Sus últimos años fueron para Schumpeter de tranquilidad. Se retiró algo, para trabajar, y encontró cierta paz en su tercer matrimonio con Elizabeth Boody-Firuski. La correspondencia con él siguió siendo tan útil como siempre, tanto si era para pedirle que hiciera la crítica de un manuscrito como si se trataba de pedirle consejo o un favor personal. Cuando murió mi

padre, que también era amigo suyo, sus palabras de consuelo fueron éstas: es a los vivos a quienes hay que compadecer. Cuando Schumpeter falleció, estaba preparando unas conferencias que iba a dar en la Universidad de Chicago. Una de sus últimas cartas era de disculpa por no haber podido visitar a mi madre dada su escasa salud. Murió unos días más tarde, el 8 de enero de 1950.

Schumpeter solía comentar que eran tres las ambiciones de su vida: ser el mejor economista, el mejor amante y el mejor jinete. Y añadía, con malicia, que había cumplido dos de ellas, sin especificar a cuáles se refería. Pensaba también en escribir una novela basada en un incidente de su juventud, en el que un estudiante suspendido mataba a su profesor. La psicología de los exámenes realizados con tanta seriedad le fascinaba, y la idea de que la enseñanza universitaria era una ocupación arriesgada le parecía terriblemente divertida. Esa era otra ambición que no iba a ver cumplida.

Ha llegado evidentemente el momento de releer sus ideas y de tomarlas en serio. Pero no respetaríamos el espíritu de su autor si sirvieran para sustituir a los refinamientos matemáticos y a los métodos cuantitativos. Sí que respetaríamos ese espíritu si con ellas se formara el marco en el que la actual ciencia económica volviera a ser de nuevo una disciplina más llena de sentido, no simplemente más refinada y elegante.

NOTAS

(*) Traducido por Equipo de Traductores, S. A.

(1) Juego de palabras intraducible, basado en que, además de «escuela», *school* significa también «banco» de peces: *school of fish*. (Nota del traductor.)